

CINCO NUMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, anécdotas, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Jardines, 11, librería.

DIRECCION.—Plaza del Progreso, 4, 2.º



FRECUENTES REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

20 en el Extranjero por seis meses=40 en América.

EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

SUSCRICION,

abierta en la Administracion de EL CASCABEL, á favor de las viudas, con hijos de corta edad de los trabajadores muertos últimamente en las minas de Hiedelaencina.

Cantidades recibidas desde el 1.º del actual hasta el viernes 4 en que entró este número en la máquina.

La Redaccion de EL CASCABEL.	200	rs.
Un suscriptor.	20	
D. Victoriano Dorado.	10	
Un Cascabelero.	4	
D. J. D. C.	20	
D. Julian Benito Chavarri.	100	
Una suscritora.	40	
Los huérfanos de un ingeniero de minas, en memoria de su padre.	20	
Doña Carlota A. de L.	10	
D. Agustin Fernandez.	20	
Un desconocido.	4	
Una niña.	6	
Un caballero.	20	
Un lector, en carta al Director por el correo interior.	100	
D. Juan Andrés Topete.	12	
D. S. B.	6	
Una polla.	82	
Concha.	10	
Una suscritora, en carta firmada C.	40	
D. Ramon Labiaga y Suarez (de Villacastin).	10	
D. Julian Muro y Ledesma (Alcázar de San Juan).	10	
D. Prudencio Perez.	24	
D. Miguel Castro y Arizcun.	100	
Don Roque Barrio.	20	
D. Pablo Toledo (de Toledo).	8	
Total.	896	

Sigue abierta la suscripcion.

REVISTA SEMANAL.

Preciso es confesar que en Madrid hay hombres de mucho talento, talento no proclamado por las cien mil trompetas de la prensa, no llevado á las Academias ni á los Comités, ni siquiera al Congreso, talento modesto que el mundo ingrato olvida, despues de aprovecharse de los beneficios que ese talento desinteresado y caritativo ofrece por lo que se llama un pedazo de pan.

—¿A dónde va V. á parar, compañero? preguntará el lector?

—Voy á parar á ó en los Campos Eliseos.—Vea V. el siguiente anuncio, que publicaba dias pasados La Correspondencia.

Tratándose de dar una serie de funciones especiales y de competencia en los Campos Eliseos y en teatros y salones de esta córte, se invita á todos los competidores y per-

sonas que quieran hacer proposiciones para carreras, saltos y fuerzas. Se necesitan personas para canto, baile, cuadros vivos, etc.; perros de presa para las luchas, caballos para carreras, lobos y ciervos. Se adjudicarán premios á los que se distinguan y ofrezcan novedades para hacer interesantes y variadas dichas funciones.

¿Qué vé V. apreciable lector, detrás de esas al parecer inofensivas líneas?...

Por mi parte puedo decir á V. que veo una fotografia de la sociedad, del mundo, un poema de las pasiones humanas, cien mil sátiras y cuatrocientos mil epigramas.

Yo haria presidente del Consejo de ministros, mejorando la presente, al autor de ese pensamiento, que debe saber mas y tener mas trastienda que los redactores del *Pensamiento Español*, y los del *Contemporáneo*, mejorando el Sr. Valera, notable especialidad en agricultura, de cuyo ramo es director.

Ahí es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano.

«Funciones especiales y de competencia!»

Fijese V. un poco, discreto lector, en estas cinco palabras, coja V. un periódico político para entretenerse con amena y provechosa lectura, que le ayude á reunir sus ideas y sus recuerdos, y antes de un cuarto de hora habrá V. hallado sorprendentes analogías, habrá V. hallado el quid de ese sangriento epigrama.

La palabrita, al parecer inocente:—«competencia»—tiene tres bemoles y un sostenido.

«Se invita á todos los competidores y personas que quieran hacer proposiciones para carreras, saltos y fuerzas.»

¡Apenas es largo el mozo que ha escrito esto!... «Los competidores no son personas!... Tiene V. razon que le sobra, amigo; los competidores se enfurecen, se espeluznan, se repelen y se repelan, y se convierten en fieras...»

«Hacer proposiciones para carreras, saltos y fuerzas.»

Ardiendo estoy en deseo de conocer esas proposiciones, y yo aseguro al autor del pensamiento que no le han de faltar competidores y personas que las hagan. ¡Manos somos ahora para carreras, saltos y fuerzas!...

Cada carrera hacemos que deja estupefactos á los que se están parados, cada salto damos que no parece sino que somos de goma elástica, y con tal fuerza nos adherimos á lo que nos conviene, que no se nos arranca ni á tres tirones.

«Se necesitan personas para canto, baile, cuadros vivos, etc.»

¿Personas para canto?... Y hasta para guijarro las hallará el autor del pensamiento.

¿Personas para baile?... Innumerables serán los danzantes que se presenten. El baile, á pesar de cierto famoso anatema lanzado sobre él en cierto libro, está en todo su vigor y en toda su lozanía.—Por dinero baila el perro, dice el refrán, pero la verdad es que quien baila por dinero es el hombre, y no el perro. ¡El baile de los empleados! ¿qué mejor espectáculo para los que no lo son?...

«Cuadros vivos!...»

¿Qué otra cosa hay mas demás en el mundo que cuadros vivos?... El cuadro de los desnudos de ayer vestidos hoy, el cuadro de la opinion pública, convertida por los periódicos políticos en un infierno, que no deja de tener analogías con el del Dante, el cuadro del repartimiento de la riqueza pública, el cuadro de Animas de las clases pasivas, el cuadro del Hambre y sed de justicia de los hombres

probos y juiciosos que viven de su trabajo, y solo de su trabajo: los cuadros con los retratos de los caballos de batalla de los herradores públicos, el cuadro de gloria del Teatro español contemporáneo, entregado en garras de unos cuantos mercachifles, traductorillos de mala muerte, el cuadro de las ascensiones sin globo de los farsantes, el cuadro de los sapos y culebras que se ocultan entre sedas, brillantes, terciopelos y vergüenzas, el cuadro de la inconsecuencia, el de la envidia, el de la avaricia, el del descoco y otros infinitos!... Todos estos son cuadros vivos y muy vivos que puede explotar con gran éxito el autor del pensamiento...

Todo Madrid, todo el mundo iría á verlos, todos diríamos:—«¡Allí están Fulano y Zutano! ¡Ellos son! ¡los conozco!»—Y alguno diria muy bajito:—«¡Ahí estoy yo!»

«Perros de presa para las luchas!»
Que haya presa, y no faltarán perros, y si faltan, hombres hay que en viendo presa capaces son de disputársela á cien perros, y mas que á cien perros, á cien hombres.

«Lobos y ciervos!»
¿Qué vá á hacer el empresario con los lobos y los ciervos?

Si vá á perseguir á los segundos con los primeros, pruebas notorias dá de marchar con el siglo y de hallarse á la altura de las circunstancias.—La traicion y la fiereza siempre se emplean contra la inocencia y la humildad.

Ese espectáculo es propio de la época, por mas doloroso que sea confesarlo.

Concluye el anuncio, ofreciendo premios á los que se distinguan y ofrezcan novedades para hacer variadas las funciones.

Paréceme bien, perfectamente bien, ese estímulo; muchos serán los que se distinguan, especialmente en las carreras y en los cuadros vivos.

Alguno habrá que se lleve un premio, probando que para hacer carrera, basta con sentarse al sol que mas calienta.

Buena falta nos hacian estas diversiones que tan oportunamente se nos ofrecen.

Ya que no tenemos dinero, que vivamos siquiera divertidos.

Recomendamos un negocio á las sociedades de crédito, un gran negocio que harán con solo comprometerse á divertir á los imponentes.

Una sociedad que en lugar de edificar casas, y hacer descuentos, y asegurar lo inseguro, se dedicara á hacer reir de ganas á los imponentes, haria un negocio colosal.

Yo impongo al momento el minimum de la cantidad que se admita, si en lugar de ocuparse la sociedad en hacer giros, se ocupa en disponer giras.

Ese es un medio de asegurar la vida que, no hay remedio, se nos vá con estas rabietas que tenemos que sufrir, vicado lo que pasa en el mundo, es decir, lo que nos pasa, lo que se estila, lo que no se puede evitar.

Y ¿qué mas quiere V., lector amigo, que le diga?

Yo no sé nada, ni oigo nada, ni me meto en nada, ni pregunto nada, ni me importa nada mas que la salud de V. y la de EL CASCABEL, que á Dios gracias y á V. tambien, no tiene novedad.

Yo si que estoy retraido; cada domingo salgo á dar una vuelta por el mundo, y luego á casita, y

Hablen otros del gobierno, del mundo y sus monarquías.

Yo sí que no estorbo en ningún ministerio, ni me meto á defender á ningún tío mio, por mas disparates que este haga, y por mas que le casquen las liendres.

—Oiga V., que hay crisis. —¿Sí?... Pues me alegro mucho. —¿Que ya no lo hay! —¿Nó? Pues me alegro mucho más. —¿Que han nombrado á don Fulano para tal puesto, y no lo merece! —¿Tómal! ¿Y qué? ¿qué gracia tendría que le nombraran si lo mereciera? —¿En qué distrito se presenta V? —¿Yo?... En todos siempre que me dá la gana y hace buen día, y tengo poco que hacer. —¿Sabe V. que Fulano ha hecho dimision? —Señal de que le conviene. —¿Sabe V. que Fulano no la ha hecho, aunque debiera hacerla? —Eso será porque no le convenga. —Pero, hombre, V. de nada se asombra. —Nó señor, yo no me asombro mas que de ver que los demás se asombren de ver lo que siempre están viendo. —¿Hombre! si no hay dinero. —¿Nó?... Pues dígaselo V. á quien lo tenga ó lo quiera ó esté acostumbrado á tenerlo, que para el pobre no es esa ninguna novedad.

Y aquí dá fin por hoy la Revista semanal, que celebrare le agrade á V. mas que á mí. Manténgase V.,— si no tiene quien le mantenga,—bueno, y mande V. en su casa, que es únicamente donde puede mandar con menos oposicion y mas libertad.

LAS TIENDAS.

Hoy vamos á tiendas, amigos lectores. Si sois lectores con pelos en la cara, puede que no os guste el paseo; pero si sois lectoras, á ninguna parte ireis con mas gusto, á no ser á la Vicaría, si teneis la dicha de hallaros en estado de merecer,—que para mí siempre os hallais en ese estado,—ó á la contaduría de Hacienda pública, ó á la parroquia á sacar la fé, si sois viudas y vuestros afortunados consortes, os dejaron algo que echar á perder, ó que á vosotras os eche á perder,—que todo puede suceder en este siglo de perdicion. Vamos á recorrer desde las de artículos de primera necesidad hasta las de los de la imperiosa necesidad del lujo.

II.

ALMACEN DE ULTRAMARINOS.

—Aceite.—Jabon.—Sopas.—Aguardiente.—Azúcar.—Chocolata.—Té.—Café.—Cacao.—Garbanzos.—Judías.—Bacalao.—Arroz.—Almidon y otros géneros. —Oye, chico, á ver si me das una panilla de aceite y un cuarto de canela. —Con muchas parroquianas como tu ama, pronto habia que cerrar la tienda. —Ella, todo por mayor.—A ver si me busca V. una casa, don Matias. —¿Qué! ¿ya no estás contenta!... —Ya vé V., como van tantos hombres á ver á la señorita, una ya vé V. una tiene vergüenza... —¿Qué traes tú, buena moza? —Que me dé V. media libra de garbanzos, un cuarteron de judías, tres onzas de chocolate y media libra de bacalao... y que lo apunte V. —Dile á tu ama que ya le tengo apuntados veinte duros. —A mí, aunque la apunte V. con un cañon... —Nó, es que como dijo que pagaria á fin de mes... —Tambien á mí me tiene que pagar á fin de mes... y no hay más... Como el señor está en el aire... —¿Sí?... ¿Ha subido en el globo?... —¿Qué tío ni qué ocho cuartos!... Es que le han quitado el destino, y hasta que le den otro, que ya se lo han ofrecido á la señora... —¿Cómo?... ¿á tu señora la van á esclavar?... —Sí, señor, digo, nó, ella es la que anda en pretensiones, pero para él... —¿Yá eso es otra cosa.—Pues dile que le voy á subir la cuenta si no me baja antes el dinero. —Mira, chica, á ver si me buscas una casa. —¿Te has desacomodado? —Nó, pero hazte cuenta de que si, porque no quiero estar mas con la señorita... Para zapatos no gana un avaro y como van tantos hombres á casa... —¿Anda! pues á casa, desde que, al año le quitaron el empleo, no vá un alma. —Está una, ya tú ves, siempre comprometida. —Mira tú, si yo lo hubiera sabido... El otro día me encargó el vecino del tercero una muchacha... Y es un enor solo, que es de esos que corren con las contribucio-

nes... ¿cómo dijo?... encubridor... nó... averiguaor... nó, tampoco... embestidor... ¡cál!... Diga V., señor Matias, ¿cómo se llaman esos de las contribuciones?...

—Investigador, muchacha. —Eso, empestigaor... Pues, como decia, me encargó una criada... ¡tómala! me dijo que si yo queria... pero, ya ves, como yo tengo vergüenza... —Es claro; pues yo por eso... —Claro, ya me acordé... pero por la tarde ya le habia llevado una el aguador. —Pues si acaso sabes de alguna otra casa... —Bueno, ya estaré á la mira... —Vaya, adios; ¿cuándo te toca salir?... —El domingo. —Y á mí. —A ver si vamos juntas: te esperaré orilla del cuartel del Soldado. —Con Dios, don Matias... —Díguela luego, chicos.

III.

EL MÓNSTRUO DE LOS MARES.

Comercio de sedas, hilos, algodones, estambres, cintas y galones de todas clases, botones, agujas, entredoses, alfileres, chancos de goma.

—Arturo, deme V. un adarme de seda marron y cuatro ovillos de algodón... Volando, que tengo prisa. —¿Dónde vá V. tan corriendo, Luisita?... —Al obrador, ya son las tres... —Ya vá á V. anoche en Capellanes. —No le ví á V. —No me quise acercar, porque como la ví á V. tan bien acompañada. —Era un amigo de la maestra, que me comprometió para toda la noche... muchacho muy fino... está estudiando el sexto año de leyes... —Mas ley le tendrá á V. que á las leyes. —¿Jesús, calle V! —¿Y no bailó V?... —Anoche, nó... —Vamos, á la pareja no le gustará mas que el baile de oreja. —Oiga V., deme V. tres varas de cinta de medio deo. —¿Y V. bailó mucho?... —Una habanera con la Carmencita... —¡Ah! ¡sí! ya no me trato con ella. —Pues ¿cómo?... —¿Qué quiere V?... como tiene tan poco juicio... —Es claro, como no tiene quien la enseñe las leyes... —¿De veras?... ¿Qué malo es V? —Oiga V., ¿me despacha V. las tres varas de cinta de medio deo?... —Esto no se lo pago á V. ahora... —Ya sabe V. que tengo para V. toda la tienda, aunque no es mia. —Gracias Vaya, pues me voy corriendo, que hay muchas prisas. —No se venda V. tan cara, que ya sabe V. que tenemos mucho gusto en verla... —Gracias, yo tambien tengo mucho gusto... —¿Jesús!... ¿me dá V. la cinta?... —Voy.—Adios, Luisita... A ver si el domingo bailamos juntos. —No sé, he perdido la afeion al baile de un modo... —Ya se vé, por respeto á las leyes... —Sí, sí, bueno es V... ¡Adios!... ¡Jesús! cómo llueve. —¿Quiere V. un paraguas?... —Gracias, me levantaré el vestido... Adios, Arturo... Me voy corriendo... —Cuidado con caerse, Luisita.—Conque, ¿qué quiere V., señora?... —Ya lo he dicho; tres varas de cinta de medio deo. —Blanca, ¿eh? —Nó, señor, verde. —No tenemos... se nos ha acabado. —Lástima que no se le acabe á V. la lengua... Jesús, ¡tres horas esperando para estof!...

VI.

Á LAS NARICES DE NAPOLEON.

Almoneda positiva.—Rebaja de un 80 por 100.—500,000 pañuelos.—800,000 piezas de hilo puro y sin mezcla.—Bareses, chaconadas, merinos, lenceria, laneria, terciopelos. —¿Qué tienen VV. que mandar, señoras?... —A ver esas chaconadas que se anuncian... —Las tenemos de muy buen gusto; mire V., de Escocia á cuadros, de la China, á rayas,—de estas hemos vendido más de 1,000 piezas,—de Amberes, imitacion de Nueva Orleans, clase superior, de Chantilly, alta novedad... —Yo queria una cosa así de tres reales vara, aunque la novedad no sea tan alta... —Tambien tenemos del Reino... ¡Eh! ¡sacáte las chaconadas de moda... Ahora verán V!.

—¡Jesús! qué dibujos tan f os. —Nó, no señora, son de los de más gusto. —¡Ay! mamá, si esto no se lleva ya por el mundo. —No diga V. eso, señorita; en el último baile de la Montijo no se veia otra cosa. —Nosotras no estuvimos. —¿Y á cómo?... —Esta se la pondré á VV. á 4 y cuartillo. —¡Jesús! qué carestía.—A tres. —No se puede, señora, nos cuesta mas.—A cuatro, para que no se vayan VV. sin comprar. —Vaya, á veintiocho cuartos se la pagaré á V. —A 30 se la pondré á V., y pierdo cuatro céntimos en cada vara. —¿Qué os parece, niñas?... —Lo que quieras, mamá. —¿Cuál escogeis? —Yo, esta verde con motas coloradas. —Esa es de mucho gusto. —Yo, de esta azul. —Esa es la que mas llevan las señoras del gran tono. —Yo, esta amarilla. —¡Ah! ese fondo es precioso para visita... y á las que son rubias, como esta señorita, les sienta perfectamente. —Y tú, ¿cuál quieres, Clotilde?... —A mí mejor me gustaria aquella color grosella. —¡Ah! esa es muy elegante y magestuosa. —Yo necesito veinte y cinco varas, mamá, que tengo que echar once paños, y además voy á ponerle diez órdenes de volantitos. —Pues yo veintiseis. —Pues si tienes una cuarta menos de estatura. —No importa. —Dice bien esta señorita. —Mira, mamá, yo no necesito tantas varas, porque como voy hacer el vestido descotado... —Yo le quiero muy largo... —Yo no necesito mas que diez y ocho varas, y en cambio me comprará mamá una rotonda. —¿Por qué no os haceis los vestidos iguales, hijas mías? —Eso es; parecerá que nos han vestido por contrata. —Señora, tampoco habria ninguna pieza con todas las varas que necesitan estas señoritas; pasarán seguramente de tres kilómetros. —Pues corte V. como quieran y lo quieran.

V.

RULANO, SASTRE DE MILITAR Y PAISANO.

Ropas hechas.—Géneros del reino y extranjeros.—Precio fijo.

—¿Qué tenia V. que mandar?... —Hombre, á ver si tiene V. un gabán que me venga bien... —¿De qué clase le quiere V? —Barato; así para diario. —Yá, para todos los días; —Si señor, eso es, para llevarlo desde que lo saque de aquí hasta que entre el verano. —Esta es una buena prenda; la hicimos la semana pasada, (tres años hace) para el duque de... —Hombre, nada menos que para el duque de... Probémosle, que la ropa de un duque debe probar muy bien. —Le está á V. que parece que le han hecho para V. —Eso me parece á mí... ¿Y es buena clase? —¡Oh! sí señor, eso sí, género inglés de primera. —Conque inglés... ¿Y cuánto?... —Para V. veinticuatro duros. —Para V. querrá V. decir, puesto que yo lo he de pagar. —Justo, eso es. —Ya serán veintidos. —Nó señor, no puedo. ¿Se lo deja V. puesto? —Sí, señor, sí, tiene V. un chico?... —Sí señor, uno tengo de pecho. —Nó, no es eso; yo quiero uno, aunque sea de espalda, que me lleve la levita vieja y venga á cobrar. —¡Ah! sí, señor... Eh, Perico, anda con el señor... Ya sabe V. la casa... Si se le ocurre á V. otra vez... tengo buen surtido en chalecos, pantalones, batas, chaqués... —Gracias, la de V. en la calle de Hortaleza, no tiene pierde, la última casa á la izquierda, inmediata á la puerta de Santa Bárbara. —Muchas gracias, caballero. —El muchacho le traerá á V. los veinticuatro duros. Puede que tenga que traer papel... —No importa, todo es dinero. (El muchacho vuelve con un papel que le ha dado el caballero, y dos capones que le ha aplicado en la cabeza, amañándole con una pistola si no volvia grupas.) —¿Tendrá V. unos pantalones hechos para este? —Sí, señora... —Mira, hombre, mira cuánta ropa hay aquí... Con esto se vestia á todo el pueblo. —Ya lo creo; mira, mujer, esta capa es como la que llevó el otro día el alcalde. —¿Témal! ¿qué apuestas que la llevó de aquí... Puede que sea hermana de esa... ¿no es verdad, usted?...

—Señora, yo no conozco al alcalde de su pueblo de V.
 —Es uno, así, rebajuelo, gordo, con un grano sobre la parte, una señal en un ojo y mellado... y todo el mundo le conoce en el pueblo.
 —De qué quiere V. los pantalones?
 —Mire V. que sean de abrigo, y de duracion, porque este es lo mas desastrado, que se pone unos pantalones un año y al otro no hay quien los vea.
 —¿De patencur?...
 —No señor, de patatus, no... fuertes, de abrigo.
 —¿De castor?...
 —No, no señor, si son para invierno, que no se les pegue el polvo, y que les salgan pronto las cascarrías, y no pierdan ni encojan, si se lavan...
 —Mire V., estos de ratina duran mucho.
 —¿De qué ha dicho V.?... Eso debe ser cosa de ratas, y ya tenemos bastantes en el pajar de casa.
 —Pues mire V., como no quiera V. de estos de paño azul.
 —Estos, estos sí que son bonitos... A ver, pruébatelos.
 —No hace falta, porque tienen la medida.
 —La medida de V. que los ha hecho, puede, pero la de mi marido, no señor...
 —Pues pase V. adentro.
 —No, no señor, puede probárselos aquí; mi marido gasta calzoncillos, que se los hago yo.
 —Advierto a V. que esos pantalones son para no llevar tirantes...
 —¿Sí?... mira, quitátelos... Mi marido lleva tirantes todos los domingos...
 —Bien; puede ponérselos si quiere.
 —Sí señor, sí, mi marido no se halla sin andadores.
 —¿Ve usted qué bien le están?...
 —Efectivamente, parece que los han hecho para mí.
 —¿Te tiran?... míralo ahora, y no te quejes despues de un mes...
 —No; están perfectamente.
 —¡Ay! aquí detrás le hace un bollo muy feo...
 —Señora, ¿qué está V. diciendo?...
 —Sí, señor; vuélvete, hombre, a ver si yo miento.
 —Pero, señora, si es una simple arruguita...
 —Pues en ese sitio me parece que no debía haber arruga ninguna.
 —Eso no importa nada, señora.
 —Claro, los que llevan levita ó gaban como V. todo lo tapan con los faldones; pero mi marido lo que mas luce precisamente es el sitio de la arruga... y como hay tan malas lenguas en el pueblo, y en seguida le ponen a uno un mote... y este tiene tan mal genial para aguantar ancas...
 —Eso sí, señor; yo llevo el pantalon, pongo por caso, y si alguno me dice algo y se rie, le encajo una puñada así, que le vuelvo taramba... Ya te acuerdas el año pasado con el borrico de la tia Pelona, que siempre que yo pasaba empezaba a rebuznar. Pues mire V., del puñetazo que le di en la cabeza ha quedado medio tonto, y está así como alelado, y cuando paso yo, no rebuzna... Como que se acuerda...
 —Para que vea V. qué entendimiento tienen los animales.
 —Ya lo estoy viendo desde que entraron VV. aquí.
 —¿Conque cuánto es el pantalon?
 —Seis duros.
 —¡Jesús! ¡Ave María Purísima!... Pues no le costaron tanto al médico...
 —¿Toma! Pues, ¿y Geromo?... ¿no te acuerdas que compró aquellos que tiene verdes por veinticuatro reales?
 —Y son mejores que estos.
 —Su último precio, es cinco duros y medio.
 —¿Qué, ¡no, señor!... no queremos gastar mas que unos treinta y ocho reales.
 —Podia V. haberlo dicho, y no hubiéramos perdido el tiempo.
 —Quitátelos, chico.
 —Vaya, ¿los dá V. en los cuarenta?
 —Aquí no hay pantalones de ese precio.
 —¡Vaya! vámonos... No nos van a dar poco que hacer tus pantalones... ¿Quiere V. los cuarenta y uno?
 —No señora.
 —Pues los cuarenta y uno y medio doy, y no hay mas que hablar.
 —Vayan VV. con Dios, y espraciones al burro de la tia Pelona.

(En el número próximo la segunda parte.)

EL ALMA DICHOSA.

(De Miguel Masson.)

(Conclusion.)

Y despues, —perdóennos los ángeles lo que vamos a decir,—lo mismo que el cirujano cruelmente piadoso profun- diza sin duelo en una herida hasta que arranca el cuerpo extraño que amenazaba envenenar las carnes, así el envia- do del Señor, no dejando al alma del hombre bueno espacio para exclamar: —«piedad para mí,»—se apresuró a pre- sentar a la luz de la verdad las faltas de la esposa conde- nada, con el fin de borrar hasta el recuerdo de un amor que no habia merecido.
 —Yo asistí, dijo el ángel, á su nacimiento. Fué á llevarle á su entrada en el mundo, las bendiciones del cielo, y creí poder regocijarme con mis hermanos los ángeles custodios

de la familia, de que un alma mas habia sido otorgada á aquella piadosa y caritativa casa, de la que subian al cie- lo, como un incienso constante, el fervor de las oraciones y el perfume de las buenas obras.—Para aficionarse al bien y para perseverar en él, aquel ser cuya custodia se me habia confiado, no tenia que hacer mas que mirar en derredor suyo é imitar las virtudes de su familia. D mi- nado todo, ver todo sometido á su voluntad, tal fué siempre el único pensamiento de la culpable. Ocultando bajo las apariencias de una razon precoz, su profundo egoismo, hacia decir á su madre, unida con otros tres hijos, á su madre, dichosa de verla tan juiciosa y económica:—«Dios puede llevarme ahora, mi muerte á nadie perjudicará; no tengo una hija que será una madre para sus hermanos?... Fácil cosa será para ella el gobierno de la casa.»—«Sí, fá- cil me será el gobierno de la casa.»—repetia la culpable, y un deseo impio germinaba en su alma.

Pronto se presentó la terrible enfermedad que debia poner fin á los dias de su madre. La hija ambiciosa siguió con ansiedad, casi con impaciencia, los progresos de la enfermedad, y calculaba ya la época próxima en que podria reinar en absoluto en la casa, y cuando se perdió toda esperanza de salvar á la enferma, cuando llamó á sus hijos, para que estos fueran á recibir por última vez la bendicion maternal, la hija ingrata á quien se entregaba el gobier- no de la casa, se estremeció, no por efecto de un santo tem- por propio de tan solemne circunstancia, sino porque ya podia decirse:—«Al fin soy aquí la señora.»

Esta fué su piedad filial.

Sus hermanos, obligados á alojarse de ella, y de la casa donde habian nacido, y de la aldea donde tenian sus ami- gos y sus prometidas, su hermana obligada á cederle el es- poso que habia elegido, que eras tú mismo... Esta fué su ternura fraternal. Acaso me dirás, que si envidiaba á su hermana porque era tu prometida, seria sin duda porque tambien te amaba. No lo creas; es que tú eras rico, eras modesto y bueno, y gobernarte á su capricho, era fácil y halagadora empresa para ella. Vas á decirme que su do- minación te fué grata. ¡Pobre alma buena! conócela de una vez. La egoísta ávara miserable esposa, para quien eran un suplicio tus numerosas limosnas, iba ya, si la muerte no se hubiera apoderado de tí, á delatarte á la justi- cia como disipador y á declarararte loco. Ya tenia compra- dos testigos, ya habia ideado todo lo preciso para hacerte encerrar en una casa de dementes, y ella y sus testigos es- pian por toda la eternidad aquel detestable crimen.

—¡Hijos míos! ¡Dios piadoso, volvedme mis hijos! escl- mó el alma del justo.

El ángel, que habia cesado de hablar, le señaló ligeros y brillantes vapores que se cernian sobre las ondas de un mar de luz, y de nuevo el bienaventurado unió el leve ru- mor de sus alas á las armonías del himno de los serafines.

Ya iba á llegar á la mansion de los hijos buenos, cuan- do el Todopoderoso le envió dos de sus fieles mensajeros que, deteniéndole, le dijeron:

—No sigas, porque aquí no hallarás á tu hijo ni á tu hija. No hay lugar en el cielo para los hijos ingratos.

El alma del buen padre se inclinó bajo la pesadumbre de estas desconsoladoras palabras, y quedó ahogada en un abismo de amargura.

Uno de los ángeles le habló de esta manera:

—Hacia tu orgullo y tu felicidad ese hijo á quien bus- cas, tambien yo fundé en él grandes esperanzas. Designa- do por el Señor para servirle de guia en la estrecha sen- da de la virtud, la recorrió algun tiempo con paso fir- me, apoyado en mí. Alguna vez, cuando el camino se hacia mas difícil, se detenia desalentado y vacilante, pero en- tonces me confiaba sus lágrimas y sus oraciones, yo las llevaba á Dios, y Dios me daba en cambio para el viajero animado y rendido, el deseo que dá la fuerza, la fé que conduce al bien.

Menos feliz que mi hermano, dijo el segundo ángel, desde luego comprendí cuán penosa seria la empresa que se me habia confiado. El demonio de la astucia y de la hi- pocresia se habia posesionado del alma de tu hija. Supo en- gañar aun antes de que su lengua pudiera espresar los pensamientos, y cuando no tenia aun otro lenguaje que el llanto, ya sus lágrimas eran fingidas, ya la mentira era su inseparable compañera.

—Animados así tu hijo y yo, continuó el primer ángel, proseguimos nuestro camino con nuevo ardor, y los que veian á aquel jóven seguir con tanta constancia la senda del deber, decian:—«Es verdaderamente feliz el padre que tiene un hijo tan bueno.»

—Tu hija, continuó el segundo ángel, quitaba á su ma- dre infinidad de objetos, y permitia que se acusara y se despidiera á servidores inocentes. Tales fueron sus pri- meros pasos en la carrera del mal. Y yo, juzgando que el arrepentimiento no teudria entrada en su alma, decia al Señor:—«Dios mio, dá á esa criatura un guia mas severo y mas fuerte que yo.»—Pero el Señor me contestaba:—«Trabaja y espera.»

—Un triunfo en el colegio, dijo á su vez el ángel custo- dio del hijo del hombre bueno, envenenó el corazón de tu hijo, y el laurel efímero con que adornaron sus sienes mar- chitó y dobló la palma inmortal que le uestinábamos aquí. Sí, pobre padre, cuando entusiasmado por las buenas dis- posiciones de tu hijo le llevabas á tu casa, y te regocijabas de tu fortuna, ya empezaba yo la triste tarea de combatir el orgullo que de su alma se apoderaba. Andando el tiem- po, tu hijo comparaba su educacion con la tuya; su talento superficial le hacia despreciar tu sano juicio y tu rectitud, y se avergonzaba de tí que tan orgulloso estabas con él, y sentia no haber tenido mas noble padre, á fin de poder es- cribir un nombre ilustre en su gloriosa corona.

—La que considerabas la bendicion de tu ancianidad, prosiguió el ángel custodió de la hija culpable, supo á fuer- za de hipocresía hacer formar á las gentes el mejor con- cepto respecto de ella.—Todos decian:—«Las demás cum- plen apenas sus deberes: ella no tiene otros placeres que sus deberes mismos. Las demás no gustan mas que de di- versiones; ella no conoce mas que un camino, el de su casa á la iglesia, y jamás se la ve apartarse de ese camino.»—Era verdad, pero era cuando se la podia ver, que cuando llegaba la noche, cuando todos dormian...—«Dios mio, decia yo entonces, sus faltas aumentan todos los dias; dis- pondé, Dios piadoso, que otra voz mas elocuente, mas per- suasiva que la mia hable á su corazón.»—Pero el Señor, que cree que los mas culpables deben sentir al fin la necesidad de volver á él, me respondia:—«Trabaja y espera.»

—Pero, prosiguió el primer ángel, el hijo que se ha avergonzado de su padre rara vez no llega á ser para su padre objeto de dolor y vergüenza. Si la mano divina te evitó el dolor de maldecir y despreciar á tu hijo, no por eso dejó él de merecer su maldicion y tu desprecio. ¿Quieres que te diga en qué orgia infame entregó tu nombre respec- table á los sarcasmos y á las sacrilegas bur- las de sus vicio- sos amigos? ¿Quieres que te hable de aquella horrible no- che en que, cómplice de los malvados que codiciaban tu fortuna, les guió él mismo hasta la puerta de tu casa?... Pero en el momento en que su mano sacrilega iba á facili- tar la entrada en tu casa á sus dignos compañeros, la puerta se abrió, y salió... ¿sabes quién?... Tu hija, que iba en las sombras de la noche, y aprovechando tu sueño, á un cita criminal.—Cuando aquellos dos infelices, que iban á cruzar al mismo tiempo el camino del crimen, se recono- cieron, se espantaron de tal modo, que el hermano no se atrevió á entrar y la hermana no se atrevió á salir.

Algunos dias despues, mi mision estaba terminada. Aquel pobre jóven murió á consecuencia de sus desórdenes, y sin arrepentirse de sus culpas.

—No se te habrá olvidado, repuso el otro ángel, la muer- te de tu hija. Cerrándole los ojos, decias:—«No eras tú, hija mia, la que debias morir ahora.»—No era ella, en efecto, la que debia morir; porque, si la mano de Dios ne hubiera detenido súbitamente el curso de su existencia, ya tenia ella dispuesta la fuga con un amante, y el dolor y la vergüenza te hubieran muerto á tí. Por última vez me atreví á decir á Dios:—«He trabajado y espedado, Dios mio, pero no la podré salvar.»—Y Dios, teniendo en cuenta mis esfuerzos inútiles, me respondió:—«Vuelve á mí.»

Y los dos ángeles, terminada su mision cerca del alma del hombre bueno, volvieron al Señor.

III.

Sola, sola por toda una eternidad, el alma bienaventu- rada que acababa de ver caer su postrera ilusion, se envol- vió tristemente en sus alas como para encerrarse en su dolor.

—¿Por qué he sabido la verdad? decia. ¿Por qué se han abierto mis ojos? La felicidad me pesa...

Y aquella alma que habia salu- ado con gratitud y amor la hora suprema de su partida de la torre, iba ya á blasfe- mar en la morada de los justos, separada por cielos in- finitos del limite en que se detienen los descos culpables, interrumpiendo con un suspiro de ingratitud la armonia celeste de las voces que cantan las alabanzas de Dios.

Pero la poderosa tristeza que se habia posado sobre el alma dichosa, le pesaba menos por momentos, y el alma se sentia penetrada de efluvios benéficos, mas suaves aun que el mas dulce perfume de las flores, y oia cantar una mel- lodia de una dulzura desconocida en la tierra.

—¿Me reconoces? dijo tímidamente el alma de un niño; el bien que ahora sientes yo soy quien te lo doy.

Pronto el alma dichosa se acordó de un nombre, aleja- do durante mucho tiempo de sus labios mortales.

—Tú eres, ángel mio, dijo, tú á quien yo habia olvidado. ¡Pobre hijo mio, que no vivis e en la tierra mas que ocho dias, y de cuya pérdida me consolé con los hijos que me quedaban.

—¿Y no eres dichosa, alma mia, hoy que me has hallado?

—Tanto, que ya olvido todo lo que he perdido.

—Y así debe ser, contestó el alma del niño, porque, mira, por un cálculo de su bondad infinita, el Señor envia alguna vez á una familia hijos que están breve espacio en el mun- do, y vuelven á él puros é inocentes como él los habia enviado. En la tierra se les olvida fácilmente, y ellos aquí guardan todo el amor que no han podido dar á sus padres en el mundo; y cuando un justo como tú se cree solo y abandonado, no hallando en el cielo las almas que habia venido á buscar, el hijo olvidado llega, y borra todos los recuerdos de lo pasado; entonces se llena el vacío profun- do de los amores perdidos, y viven aquí eternamente dos almas dichosas mas.

LA MADRE MENDIGA.

—No flores, hija del alma; ven á mis brazos y alienta, que ya está cerca la venta donde nos recogerán!

—¡Ay! ¡madre del alma mia! no sé qué tengo que siento que ya me falta el aliento... Madrecita, ¿tienes pan?...

—Hija mia, ten valor! Vamos, vamos; de la venta cerca estamos, y á las dos nos recogerán por Dios!

—¡Ay, madre que si nos niegan un rincón donde durmamos, y en el campo nos quedamos, de nosotros ¿qué será?...

—No digas tal, hija mia! Habrá alguno tan impio que morir de hambre y de frio sin piedad nos dejará?

—Hija mia, ten valor! Vamos, vamos; de la venta cerca estamos, y á las dos nos recogerán por Dios!

—Dí, madre; ¿por qué mi padre venir solitas nos deja y de nosotras se aleja? ¿Sabes, madre, dónde está?

—No sé; mas quizá mañana le veremos, hija mia!... ¡Verás, verás qué alegría volver á vernos te dá!...

—Ay, madre! ¡tendré valor!...

Vamos, vamos; de la venta cerca estamos, y a las dos nos recogerán por Dios!

—¿Por qué te detienes, madre?

Estás, como yo, temblando... y mas que yo estás llorando...

¿Tienes hambre, no es verdad?

—Hija, si encuentras un día en este mundo a tu padre, dile que tu pobre madre le bendijo al espirar.

—Madre, ¿te falta valor?...

Vamos, vamos; de la venta cerca estamos, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Di a tu padre que perdono su ingratitud, su falsía, y que por tí, vida mia, pedi, mendigando, pan.

Dile que mi amor fué puro y grande cual tu inocencia, y dile que a su conciencia se lo puede preguntar...

No flores, hija; ¡valor! Vamos, vamos; de la venta cerca estamos, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Está cerrada la venta.

—Ay, madre! ¿y a dónde iremos?...

—Espera, que llamaremos implorando caridad!

—¿No nos abren, madre mia!

Serémonos aquí, madre, y así, si viene mi padre, mas pronto nos hallará.

—Madre, tengamos valor!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

—Sí, hija mia, que ya pronto vendrá el día, y a las dos nos recogerán por Dios!

Dos traperos llegaron al otro día al mismo tiempo a un monton de superfluidades de esas que arrojan a las calles los criados, a pesar de todos los bandos de policía.

Ambos dirigieron al mismo tiempo el gancho a un magnifico troncho de berza, pero el uno, estendiendo solamente la mano, dijo al otro:

—Permítame V., amigo, pero en casa tengo convidados mañana.

—V. perdone, contestó el otro, y dió al gancho otra dirección.

Solucion del geroglífico del número anterior.

En el mar de la vida todos naufragan a la vista del puerto de la Esperanza.

La muerte es esta dulce esperanza amiga de vida eterna.

Hemos recibido la primera entrega de El Trovador de las Ruinas, coleccion de poesias del señor Martinez Velasco, sobre la que emitiremos nuestro juicio cuando esté terminada.

Logogrifo.

Soy una cosa que sueña, y que oírás despues de muerto, y mira lo que en mi encuentras poco mas ó poco menos: el nombre de una mujer tocaya de un calvo egregio, lo que llevamos a causa de un pecado de otro tiempo, un licor que no es muy sano, una divisa, un torero, un chiquillo jugueton y sin pizeca de respeto, una astucia, una medida, lo que supone mas miedo, un oficial, lo que tiene la banda de un regimiento, una fruta, una ciudad, uno de los elementos, una letra, una derrota, como llaman al ejército, lo que se le dá a los chicos y se quedan tan contentos, lo que hace el empleadito cuando le pagan el sueldo, otra fruta, una manía, y lo que es el bello sexo, y lo que hago yo, lectores, en este mismo momento.

El día 1.º celebro la sociedad médica Amiga del estudio su sesion de aniversario. En ella leyó el distinguido profesor don José Esguero y Zaragoza un discurso notable, bajo el punto de vista científico y moral.

Celebramos el bonancible estado de esta sociedad.

Charadita.

Mi primera repetida es achaque de chiquillos; mis dos primeras son nombre de un juego y nombre marítimo; mis segunda y terciá juntas de un filósofo apellido; y por fin, lector, mi todo es cosa que yo critico, y cosa que estamos viendo en sitio muy concurrido.

Retiramos el romance, que publicaremos en el número próximo, para no demorar la conclusion de El alma dichosa.

Ya von nuestros favorecedores que procuramos dar en EL CASCABEL la mayor cantidad posible de lectura.

—Por quién lleva V. luto, señora? —Por un pariente lejano. —Primo, ó tío?... —No, señor, mi marido. —¿Y llama V. pariente lejano a su marido? —Sí, señor, si estaba en Méjico.

Lean VV. esto y avergüencense luego: «Se han suprimido en la provincia de Badajoz dos escuelas públicas, quedando cesantes los maestros, por carecer de fondos los pueblos respectivos para cubrir el déficit de su presupuesto.»

Esto lo dicen algunos periódicos, sin tomar al mismo tiempo con las manos el cielo para poner en este el grito.

Por el correo interior hemos recibido la siguiente carta, con un billete de 100 rs. El mundo desconoce quizá a las personas, que de este modo practican la caridad, pero Dios no las olvida nunca.

Sr. director del CASCABEL.

Muy Señor mio: Habiendo leído en el apreciable periódico que tan dignamente dirige la suscripción por las infelices familias de los desgraciados en las minas de Híendelancina, adjunta tengo el gusto de remitir a V. esa pequeña muestra del sentimiento que me causa la desgracia que de veras deploro.

Con este motivo se ofrece, etc. suyo afto.

Un lector.

Tambien una polla que no ha querido decir su nombre, nos ha entregado 82 rs. dedicados al mismo objeto.

Agucen el ingenio nuestros favorecedores, y entreténganse en hacer geroglíficos, que tendremos gusto en publicar, siempre que sean máximas morales ó chistes de buen género.

Caro lector, esto es serio, El Criterio falleció... Si lo he dicho, si ahora no puede echar pelo el Criterio.

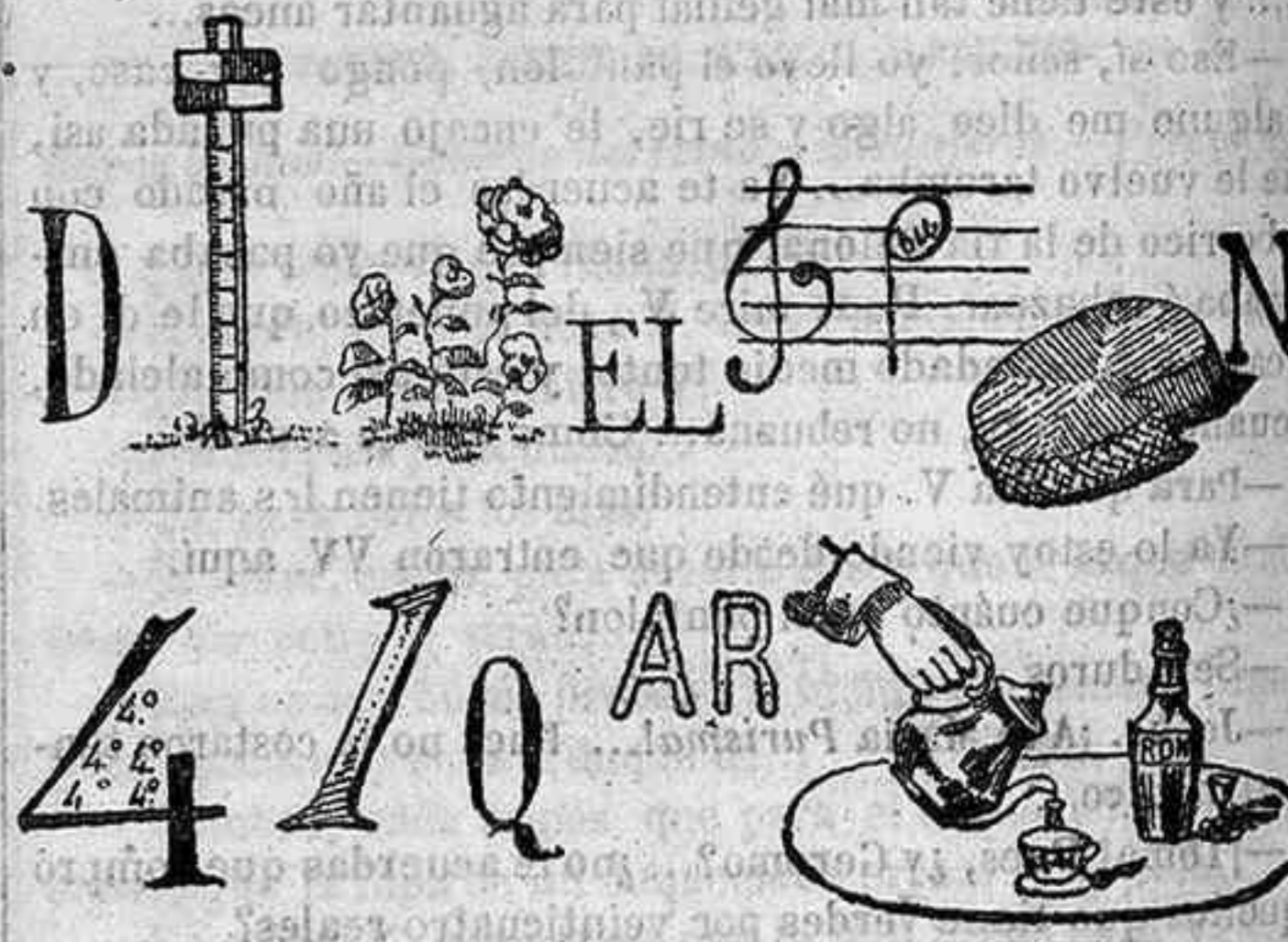
Hemos leído en algun periódico que El Contemporáneo pide al gobierno un acto. Nosotros ponemos a disposicion del gobierno el acto de En las astas del toro.

DOLORA.

Del torreón gigante Sobre la almena por los siglos rota, Dejar suele el estío De secas yerbas funeral corona. En sus revueltos senos Albergue triste los insectos forman; En ellos del rocío Las lágrimas se ostentan temblorosas. Y lanzan en la noche Por las auras mecidas melancólicas, De quietud y ventura Yorbas é insectos susurrantes notas. Triste y solo es su aspecto, Pero revela su tristeza toda, Que la natura amante Hasta la misma soledad adorna. No así mi pecho halaga Tanta vendida funeral corona Como a calles y tumbas De secas flores ornamento forman. Son pálidos girones Del sentimiento que ya hoy se compra; Y sus emblemas, solo Del industrial las lágrimas aportan. Por eso, aun cuando tristes Nada revela su tristeza loca; ¡Qué no mas los honores Si son sinceros el recuerdo adornan!

J. H. DE F.

Geroglífico.



(La solución en el próximo número.)

ANUNCIOS.

EL MUSEO LITERARIO.

Segundo año.

Periódico ilustrado, literario, científico é Industrial.

Tiene la honra de contar como primeros suscritores a

S. M. la Reina, S. M. la Reina Doña María Cristina,

y los

Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

Se publica en VALENCIA todos los domingos, en doble pliego marquilla con láminas ejecutadas por los primeros artistas españoles.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Valencia un mes, ó sean cuatro numeros, 6 rs. En Madrid y Provincias trimestre 24 rs.

Se admiten suscripciones en Valencia, Administracion del Museo, Plaza de San Jorge, 3, y en Madrid EN LA ADMINISTRACION DE ESTE PERIÓDICO.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa,

calle de Juanelo, n.º 19.

CASCABELES.

El otro día, anunciando un periódico que S. M. la Reina había dispensado a los ministros la honra de invitarlos a su mesa, decía: «Los ministros irán de fra.» Ya suponíamos que no habían de ir de chaqueta ni de capa.

Solucion del logogrifo del número anterior.

Es moda de los infiernos esa moda de los cuernos; pero es moda, y de las modas—somos siempre esclavas todas.

La hermana de la abuela de la Señora de siempre.

En el teatro del Principe se ha repetido con igual lisonjero resultado que el año anterior la comedia El Amor de los amores, magistralmente interpretada por Matilde y los hermanos Catalina.

La citada distinguida actriz está inimitable en La Pena del talion, que se ha puesto en escena con la comedia anteriormente nombrada.

Solucion de la charadita del último número.

¡Qué dolor, Doña Manuela! Todas intendentas ó brigadieras son, y yo no llegué ni a coronela.

La señora de siempre.

La autoridad ha prohibido la pieza Un tenor modelo. Las buenas costumbres y el arte dramático están de enhorabuena con este motivo. Lo que nos extrañó fué que el público no arrojara de la escena a sílbidos tan inmoral enjendro.

Solucion del enigma del número anterior.

Encargo a usted un caballero de posición y de cuartos que, cediéndole una sala, me ayude a pagar el cuarto.